

UN IDILIO EN UNA JAULA



Ella era una muchacha rubia, muy rubia, verdadero tipo de soñadora, con los ojos azules, el cutis pálido y los labios entreabiertos, como si tratasen de ofrecer salida á los suspiros de su pena. Porque sufría mucho aquella infeliz víctima de dieciocho años, que soñando con un amor todo sensibilidad y delicadeza, se encontró unida, sin quererlo y sin saberlo casi, á un banquero materialote y

soez, insolente como una onza y pletórico como las talegas de plata que almacenaba en la caja de sus caudales.

La boda fué uno de esos contratos brutales que se conciertan á espaldas de la ley, y que la ley sanciona luego tranquilamente. Dolores era hermosa, el banquero rico, y los padres de la muchacha pobres y egoístas. El trato se hizo pronto. "Toma su belleza y abre tu bolsa," dijeron los padres de la niña; y, previa la bendición de un clérigo, arrojaron á su hija en los brazos del adinerado traficante.

Aquel abrazo tronchó la existencia de la joven, como troncha la mano grosera del patán una flor delicada, y Dolores se iba muriendo poco á poco, á semejanza de las flores que se marchitan, derramando perfumes que nadie se cuidaba de recoger.

Se iba muriendo, y avara de encontrar algo bello, armonioso y dulce en derredor suyo, tenía en su gabinetito un pajarera, y se pasaba las horas muertas delante de ella, oyendo los trinos de sus canarios, única nota de poesía que vibraba en aquel hogar repleto de lujo y falto de ternura.

¡Cuánto quería á sus compañeros de esclavitud aquella mujer!

Mil veces me detuve yo, su hermano más que su amigo, en el centro de la habitación para contemplar á Dolores, que, puesta en pie delante de su querida jaula, inclinada sobre los alambres y mostrando en su ros-

tro cierta satisfacción melancólica, seguía con ojos curiosos los múltiples y ágiles movimientos de aquellos preciosos animales, que, ya saltaban por entre los barrotes de su cárcel, ya esponjaban sus plumas en la bañera de metal, ya elevaban sus dulces trinos al espacio, ya, picoteando los granillos de alpiste esparcidos por el suelo de su vivienda, se perseguían los unos á los otros con un rumor continuo de gorjeos y de alas, alegres en su cautiverio, más alegres aún porque su zambra retozona distraía las angustias y los pesares de su dueña.

En ocasiones, sintiéndome envidioso de los que me ayudaban á endulzar la agonía de aquella hermosa criatura, protestaba de su preferencia por los canarios; y Dolores, volviéndose hacia mí y riendo con la risa amarga y silenciosa propia á los desgraciados, me decía:

—Si supieses lo que valen, no les harías objeto de tu rivalidad. Estos alambres componen el límite de un mundo pequeñito, donde se realizan escenas de ventura como las que yo he soñado en momentos felices, que por ser felices huyeron pronto. Todas estas cabezas menudas, revoltosas, flexibles, donde brillan los ojos como cuentas de azabache dotadas de visualidad, piensan, coordinan ideas, reflexionan; y

todos esos corazones diminutos que dan vida y calor al rizado plumaje de sus dueños, sienten más hondo que los hombres y saben amar mejor que ellos.

—¡No te rías! gritaba Dolores al ver un gesto de incredulidad en mis labios;—¡no te rías! Yo he sido testigo presencial de un hecho que prueba hasta qué punto son capaces de sacrificarse por el ser amado estos *bicharracos inaguantables*, como los llama mi marido.

Y así diciendo, para vencer mis dudas, me refirió cierta noche una historia breve y grande á un tiempo, la cual historia quiero estampar en letras de molde, como tributo rendido á la memoria de aquella mujer que ya no existe.

*
*
*

Eran dos. La hembra, fina, pequeña, con el plumaje blanquinoso, el pico menudo y las patitas sonrosadas. El macho, más grande, más fuerte, con la cabeza adornada por un moño de color de oro, era un cantor infatigable y un amante rendido y leal. Siempre estaban juntos. Allí, en lo alto de la pajarera, construían todos los años un nido chiquitito, como si tuviesen afán de sepa-

rarse lo menos posible, y vivían felices, como viven los que se aman, como yo he soñado vivir, ¡como ya no viviré nunca!...

Aquella pareja disfrutaba de mi predilección, y, sabedora de ello, mostrábase ufana en pagar mi cariño. Al solo anuncio de mi voz acudían á los barrotes de la jaula, con los picos entreabiertos para darme la bienvenida y recoger, picoteando sobre mis labios, mi saludo.

Un día el macho, al saltar desde los alambres á uno de los travesaños, lo hizo con tan mala fortuna, que quedó preso en uno de los hierros, oscilando con angustia, y al tratar de hacer un esfuerzo para incorporarse, se tronchó una pata y cayó al suelo dando tristemente, mientras la hembra, dando vueltas en derredor suyo, le miraba con unos ojos tan tristes, que daban ganas de llorar.

Buscando yo consuelo para la desgracia de mi favorito, llamé al hombre encargado de cuidar los canarios, y él, señalándome la pata del herido que colgaba casi desprendida, exclamó: "Hay que cortarla..."—¡No!—grité yo.—Se le caerá sola—repuso el hombre.—¡Pues que se le caiga!

Y cogiendo al canario entre mis manos, lo trasladé á otra jaula, y trasladé con él á su compañera de amor y de infortunio.

Al levantarme al día siguiente, vine á este sitio deseosa de conocer el estado del pobre enfermo. ¿Sabes lo que vi?...

Pues vi á la hembra con la pechuga, desnuda de plumas, sonrosada y jadeante. Sí; se había arrancado sus plumas una tras otra durante la noche. y con aquellas partes de su propio ser había construído un lecho para que reposara de sus torturas el amor de sus amores, el dueño de su corazón.

Y allí estuvo él durante quince días, y allí estuvo la hembra cuidándole con esmero de madre, llevándole en el pico agua para su sed, alimento para su hambre, calor para su cuerpo y consuelo para su desgracia. Allí estuvo, y al cabo de los quince días salió el canario de su quietud sano y alegre, pagando con un himno sonoro los desvelos de su compañera.

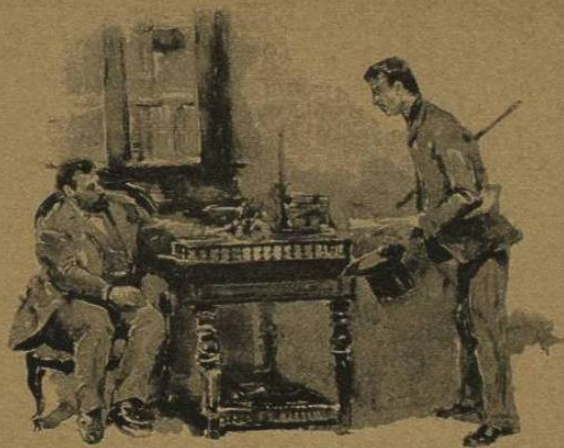
¿Comprendes ahora por qué los quiero tanto?—exclamó Dolores con amargura— Porque saben amar; á tal extremo, que á los pocos meses murió la hembra, y al día siguiente encontré muerto al macho en el último rincón de la jaula.

¡Ah!—siguió diciendo Dolores:—¡yo también he soñado muchas veces con un cariño semejante! ¡Yo también hubiese arrancado por el ser querido todas, absoluta-

mente todas las fibras de mi alma! Y sin embargo... ¡ya lo ves!

É inclinó la cabeza sobre su pecho, mientras una lágrima silenciosa rodaba por sus mejillas de azucena.





UN AUTOR AL USO

Aún me parece estarlo viendo cuando se presentó en mi casa con el manuscrito entre los dedos de la mano izquierda y el sombrero entre las uñas de la mano derecha.

—Caballero, me dijo aquel joven, delgado, muy mal vestido, lo cual no es un crimen, y con el traje lleno de grasa y de otras materias alimenticias, prueba insigne de suciedad que no admite disculpa; —caballero, yo soy hijo de familia, como usted puede ver. Mi mamá es lavandera.

—¡Pues nadie lo diría! pensé yo, mirando la camisa del joven, que parecía, por lo negra y por lo reluciente, una muestra de carbón de cok.

—Bueno; ¿y qué desea usted? le pregunté luego de ofrecerle una silla.

—Pues quiero leer á usted una pieza que he escrito; porque desde que me quitaron la plaza de escribiente que tenía en el ministerio de Fomento, me he metido á escritor.

—Eso es muy natural, repuse yo; habiendo sido escribiente de Fomento, nada más lógico que dedicarse á escritor público, en épocas de cesantía.

—¿Y en qué sección del ramo ha servido usted? añadió. ¿En Instrucción pública?

—No, señor; en Caminos. He ocupado allí un puesto durante cuatro años y tres meses.

—¿Y ahora? le interrumpí.

—Ahora, viendo que el oficio de autor es muy socorrido, y después de enterarme de cómo se hacen estas cosas, he cogido una obra francesa que se dejó olvidada en su mesa de noche un señor, cuando mamá tenía casa de huéspedes, y la he traducido al castellano.

—¿A su mamá de usted?

—No, señor; á la obra. Sólo que, siguiendo la costumbre establecida, en vez de po-

ner *traducción*, he puesto *original*. ¿Qué opina usted de eso?

—Que ha hecho usted perfectamente. Además, su conducta es lógica: un hombre que ha andado cuatro años en caminos, no puede proceder de otro modo.

—Me alegro de que esté usted conforme conmigo. Y tengo que advertirle una cosa. La obra, según me ha dicho un amigo—porque yo no estoy al tanto de eso que llaman movimiento literario los pedantes,—se representó primero en castellano con mal éxito, y fué traducida al francés, de donde yo la devuelvo al idioma nativo.

—¿Para ver si le han probado los aires extranjeros y la aplauden ahora?... No hay que preguntarlo: usted sabrá el francés á maravilla.

—He estudiado seis meses en casa por el método Ollendorff, y tengo traducidos todos los temas.

—Perfectamente, joven, perfectamente. ¿Y la obra está en verso?

—Sí, señor. Porque, lo que yo digo, eso de hacer versos es cuestión de empezar.

—Como el rascarse, ¿eh?

—Justamente.

—¿Y por qué metro se ha rascado usted?

—Por redondillas.

—Muy bien. ¿Y el asunto?

—El de siempre: un caballero vestido de frac, peluca blanca y pantalón corto, que le enseña á otro todo lo que pasa en España; un coro de peces, otro de chulos y otro de plantas tropicales, todos ellos con traje de mallas; dos ó tres parlamentos (los parlamentos cortitos) y treinta y seis decoraciones representando varios planetas, las cinco partes del mundo y las Vistillas.

Con esto, con una música alegre y unas coristas bien formadas, me parece que el éxito es seguro.

—¡Ya lo creo, joven, ya lo creo! Por supuesto, que habrá usted cuidado de que las canciones sean picantes y los chistes subidos de color.

—¡Y tan subidos! Me he dejado atrás todos los usados hasta ahora.

—Pues dígoles á usted que la obrita es de perlas. Usted empieza por donde otros acaban. ¡Ahí que no es nada! Treinta y seis decoraciones, el sistema planetario, las cinco partes del mundo, las Vistillas, la mar en peces y hortalizas y versos como los que usted hará... porque no necesito oírlos para comprender que estarán á la altura del ingenio dramático, de la instrucción y de los extraordinarios alientos de usted.

—¡Ah, joven! seguí diciéndole, mientras le impedía abrir el manuscrito: no me lea

usted nada; no quiero oírlo. Déjeme usted saborear íntegra la emoción que ha de producirme esta obra excepcional.

Usted ha entendido el teatro; usted conoce al público; usted sabe de arte; usted hará carrera y cobrará trimestres escandalosos, y será autor, y la obra se representará seis meses seguidos.

Cultive usted el género, y en cuanto recibiera los primeros ingresos de su nueva y originalísima producción, cómprese un gabán fuerte, porque el invierno está muy frío y sería lástima que se malograra un genio así, llamado á ocupar puesto distinguidísimo en la literatura que cultivan sus contemporáneos.

Y cerré la puerta, admirando el poder de Dios, que con tanta bondad y tan desusada frecuencia envía autores de esos á esta venturosa tierra de España.





LA NIEVE

IBA cayendo, cayendo, menuda y revuelta,
parecida, cuando el viento la agitaba, á un
enjambre de mariposas blancas que revoloteasen
inútilmente buscando flores sobre

los árboles desnudos, y semejante á esos diminutos pedazos de papel que arrojan desde los balcones á la calle el brazo inexperto de un niño, el capricho pasajero de un indiferente ó la mano trémula de una mujer enamorada.

Bien pronto aquellos fragmentos blanquinosos é irregulares se fueron espesando hasta convertirse en copos de resplandeciente blancura, que caían sobre las piedras del arroyo, sobre las losas de la acera, sobre la arena de los paseos y sobre el fondo polvoriento del camino, cubriéndolo todo, constituyendo un conjunto uniforme, en el que desaparecían los declives y las ondulaciones del terreno.

Y mientras la nieve caía, ella y yo, recostados contra los cristales del balcón de su gabinete, la mirábamos descender, cubrir con sus blancos matices las ramas de los árboles, desparramarse por las eminencias verdosas del jardín, culebrear sobre el musgo de los senderos, deshacerse entre los cristales del arroyo, cubrir la bóveda del invernadero y pasar por delante de nuestros ojos, como deseosa de distraer nuestras penas ó dar aumento á nuestras alegrías.

Con alegría inmensa la miraba yo entonces al lado de aquella mujer, hermosa como

una estatua griega y sensual como una odalisca árabe; primer amor de mi juventud, todo se lo había sacrificado, y ella era, con sus cabellos negros, con sus ojos oscuros, con sus labios rojos y entreabiertos, con su barba redonda y su cuerpo torneado y flexible el límite y la encarnación de mis deseos, la sola imagen á quien yo rendía culto [en las soledades de mi espíritu. Como todas las grandes pasiones, necesitó la mía ser dueña absoluta de su alma y de su cuerpo, y de ambos disfrutaba, sin que en dos años hubiesen venido á turbar mi dicha más que esos celos que una impresión trae y otra impresión se lleva, y algunas sombras misteriosas que habían encontrado en el suyo las expansiones infinitas de mi afecto.

Nadie vino á estorbarme durante aquel tiempo la posesión plena de sus encantos separada ella de su marido, á quien un cargo oficial retenía en el extranjero, y satisfecha de mi amor, reservaba para mí todas las horas que el mundo la dejaba libre, y mostrábase gozosa de oír los sueños y las ilusiones que la juventud y la inexperiencia hacían brotar por mis labios.

Sin embargo, de un mes á entonces, notaba yo en mi amada cierta inexplicable actitud, mezcla de temor y de frialdad, cuyo origen buscaba mi alma tan pronto en esas

tristezas propias á la mujer, que la mujer no confía á nadie, como en los celos y suspicacias inverosímiles que por no tener razón de ser, tienen la más grande para constituir el tormento de un enamorado.

En todo pensaba menos en dudar de ella: el primer amor no duda, como no duda la primera esperanza ni el primer triunfo. La duda viene luego, tras el primer engaño; entonces se convierte en la compañera perpetua de nuestra vida, y no nos deja hasta el fin del viaje.

No dudaba de ella, pero estaba ansioso por conocer los motivos de su conducta; y una pregunta revoloteaba sobre mis labios sin salir de ellos, como revoloteaba la nieve, sin penetrarlos, sobre los cristales del balcón.

—Oye, me dijo clavando en mi rostro sus pupilas negras y hermosas; deja la nieve y ven conmigo: tenemos que hablar.

La seguí hasta el fondo del gabinete, é instalándonos frente—á la chimenea, donde chisporroteaban los leños encendidos, despidiendo á intervalos llamaradas azules, permanecimos silenciosos por espacio de algunos minutos, hasta que ella dió principio á la conversación con esta frase que me produjo el efecto de una puñalada:

—Viene mañana.

—¿Quién?

—¿Quién ha de ser, hombre? Mi marido. Yo sentí que toda la sangre de mis venas se me agolpaba á la garganta, y sólo pude responder con un suspiro ahogado y ronco.



—Ya comprenderás—siguió diciendo,— que necesitamos proceder con mucha cautela en lo sucesivo. Él no es hombre que sufra la traición; yo te quiero, pero quiero también mi tranquilidad y mi fama. Para conservar éstas sin perder tu afecto, es preciso que tú me ayudes, que te hagas amigo de él, que cultives su trato y que...

—No sigas, repuse oprimiendo nerviosamente su muñeca entre mis manos; no sigas, porque ni yo he de oírte, ni lo que propones es aceptable para mi amor.

Hacer eso, valdría tanto como transformar lo que hoy representa una imagen grandiosa y sublime, en algo tan bajo y mezquino que sólo inspirara remordimiento y asco. Yo no puedo compartir tu amor con nadie, sea quien sea; yo no puedo tampoco devorar en silencio mis penas, saber que eres de otro hombre, y callarme; el miserable entonces lo sería yo por saberlo, no él por ignorarlo; y más miserable aún si al propio tiempo que robaba á ese hombre su honor, estrechaba su mano y le daba el nombre de amigo. No: yo no soy capaz de tal infamia; le disputaré tu amor frente á frente, sin temer el escándalo; pero no iré á robárselo con la frialdad del asesino que hiere á mansalva y en la sombra.

—¡Pero estás loco! repuso ella con tal acento de ironía que arrancó la última esperanza de mi pecho. ¡Y yo que te creía un hombre razonable!... Ahora sales con esos romanticismos de niño y con esas frases de poeta... ¿Quieres que haga contigo como las heroínas de novela? ¿Que sacrifique á tus locuras mi dicha, mi nombre, mi estimación social? ¿Dónde has apren-

dido esas cosas? ¿De qué mundo sales?

—¡De un mundo, grité yo con ira, donde se puede llegar al delito, pero donde no se puede llegar nunca á la abyección!

—Basta, no sigas; veo que es imposible convertir á un demente: y lo siento, porque te quería; pero, francamente, á tanto precio, me resulta caro tu amor.

—¿Eso quiere decir que hemos concluido?

—¿Y qué remedio? ¡Cualquiera mujer que se estime es amante de semejante loco!

—¡De modo, exclamé yo, que tu amor es mentira! ¡Valiente para el crimen y cobarde ante el sacrificio! Amor egoísta que se acaba cuando sus goces pueden ser turbados por una sombra de amargura. ¿Y yo he creído en ti? ¿Y yo te he amado? Hice mal. Las mujeres como tú deben ser tratadas de otra manera.

Ella se levantó furiosa; su rostro pálido reflejaba la ira; avanzó hacia mí, y me dijo con acento glacial y terrible:

—Olvida usted que está hablando con una señora. Salga usted inmediatamente.

No respondí nada; cogí el sombrero entre mis manos nerviosas y trémulas, y abandoné el gabinete donde dejaba la primera esperanza de mi alma para llevarme el primer desengaño de mi vida.

Al llegar á la calle contemplé la nieve

que teñía de blanco las anchurosas alamedas del jardín.

Aquella nieve se desharía á los rayos del sol; el fuego de mi alma había sido inútil para fundir el hielo en el corazón-egoísta de la mujer que quedaba allá dentro, iluminada por las llamas temblorosas que ardían en el fondo negruzco de la chimenea.



CRÍTICOS ESPONTÁNEOS

Es cosa que produce asombro el adelanto conseguido por y para la crítica en los tiempos que corren. Antiguamente (me refiero á diez ó doce años atrás) ejercían de críticos

hombres de gran autoridad literaria, de vasta erudición, de talento sólido, de juicio sereno, de extraordinarias y respetables aptitudes; y estos hombres, cuando trataban de juzgar alguna obra dramática, hacíanlo al cabo de una semana, después de oírla, de verla, de leerla y de estudiarla, pues de todo eso necesitaban aquellas pobres gentes, tan inocentonas y premiosas, que si escribían algo á la mañana siguiente de un estreno, calificábanlo con el modesto y ruin titulejo de *Impresiones teatrales*.

¡Infelices señores aquellos que se pasaban la vida revolviendo clásicos y revolucionarios de todas las literaturas para tener un criterio fijo, cimentado en bases duraderas y firmes, y analizaban concienzudamente las obras sujetas á su examen, por gozar fama de escrupulosos y de justos! ¡Qué desengaño tan grande el suyo, cuando hayan visto probado, con el irrefutable testimonio de los hechos, que los críticos no se forman en fuerza de estudios y de meditaciones hondas, sino que brotan espontáneamente, á semejanza de los saludadores; y así como éstos llevan la salud en la lengua por obra y gracia del Espíritu Santo, llevan ellos en el mismo sitio, y por las mismas divinas mercedes, el dón maravilloso de la crítica.

Y no caben dudas de ninguna especie á propósito de esta materia; sólo considerando la facultad de criticar como parte integrante de la *gracia* que ha inmortalizado á San Agustín, puede explicarse uno la existencia de muchos críticos contemporáneos que andan y hablan y escriben sin asombro de nadie y hasta con aplauso y respeto de muchos. ¿Cómo podrían hacer y deshacer reputaciones los que no disfrutan de ninguna, sin el apoyo invisible de la Providencia? ¿Cómo, en fin, los que nada saben, ni de nada entienden, ni sirven absolutamente para nada, iban á ejercer de críticos y directores del gusto literario, si quienes semejantes oficios les encomiendan y quienes acatan con servil inconsciencia sus opiniones, no reconocieran en ellos la intercesión sobrehumana y el sobrehumano amparo á que anteriormente me refería?

A no ser por esto, no me explicaría yo nunca cómo es crítico y ejerce de tal mi antiguo compañero Bonifacio Gómez, que nunca supo redactar una noticia con sentido común, y andaba cada cuatro líneas á puñetazo limpio con la sintaxis. Pues, sin embargo, de pocos meses á esta parte se ha metido á juzgar pontificalmente á todo el mundo, desde las columnas de un periódico, y lo hace con tal soltura y tanto

desahogo, que da envidia verlo. Dígame cómo este individuo, que no pudo encontrar en cinco años editor para una novela donde había más puntos suspensivos que palabras, y que en dos temporadas consecutivas alcanzó la honra merecida de ser silbado en un teatrillo por horas, se atrevería, sin el divino auxilio de la *gracia* á repartir por esos escenarios de Dios patentes de genio con la misma desdenosa y altiva indiferencia con que entrega al público hojas impresas un repartidor de prospectos.

No: cuando Bonifacio Gómez hace eso, es porque un día, mientras se levantaba de la cama, hallóse invadido por el microbio de la crítica, y así como las embarazadas incipientes se arrojan en brazos de su esposo al sentir el primer síntoma justificativo del suceso, y le dicen con voz donde se mezclan el asombro y la alegría: "¡Me siento madre!", Bonifacio Gómez notó algo que le escarabajeaba por el cuerpo, y, presentándose en la redacción del periódico, le dijo al director con voz conmovida: "Déjeme usted ir al teatro. ¡Me siento crítico!",

Y fué; y hoy produce admiración respetuosa verle entrar por el pasillo de butacas, con el sombrero sobre las cejas, la levita abrochada, el rostro grave y las cejas fruncidas, en el momento de ir representa-

das algunas escenas. Sus tacones, que causan un ruido infernal, como si estuvieran muy satisfechos de sustentar á individuo tan eminente, hallan por fin descanso cuando el crítico, arrellanándose en la butaca, adopta una posición severa, pregunta al vecino lo que pasa en escena y el nombre de los personajes, enfila los gemelos hacia las candilejas, y á cada verso, á cada situación hace un gesto desdenoso, como si exclamara: "¡Qué ignorantes son estos escritores! ¡Qué sabio soy yo, y qué paliza voy á dar mañana en el periódico al desdichado autor de esa quisicosa indefinible!",

Pero donde Gómez despliega todo su poder y todas sus excepcionales condiciones de crítico providencial, es en los entreactos. No pára un momento; va de un lado á otro: se detiene en un corrillo; saluda á X. y á Z.; murmura palabras entrecortadas, por este ó parecido estilo: "Veremos," "escabroso...," "efectismo...," "la cosa vale poco," "la situación está mal preparada...," "las corrientes del público son otras," etc., etc. Al cabo vuelve á su butaca, suelta una cargada despreciativa en la situación más patética del drama, mueve los pies como si en ellos tuviera su gusto literario el centro de sensibilidad, y enarca los ojos, hasta que abandona la sala momentos antes de

terminar el espectáculo, no sin dirigir primero, y en voz alta, una frase de protesta contra el autor de la obra y contra el público, que tiene la paciencia de sufrir semejantes disparatadas concepciones.

Desde el teatro se dirige á la redacción, y allí es de ver patente, más que en parte alguna, la protección que recibe Gómez de la altura. Aquel sujeto que en su vida pudo escribir cuatro líneas descifrables; que desconoce en absoluto la literatura patria; que no tiene la noción más rudimentaria de arte, llena cuartillas y más cuartillas, emite juicios, sienta afirmaciones, expide una credencial de imbécil al autor del drama, y se va á su casa seguro de que al día siguiente participarán de su opinión la mayor parte de los lectores del periódico.

Claro es que Gómez suele escribir *actitud* por *aptitud*, ó decir, en obsequio de una obra, que *tiene un verso admirable, origen del éxito*, cuando no averigua que *los monólogos están bien dialogados* y otras lindizas por el estilo.

Pero... ¿qué son éstas sino pequeñas faltas que nada significan, y que en modo alguno pueden destruir el golpe de vista, la clara intuición, el acertado criterio de aquel hombre que acaso sea, y es en realidad, un ignorante, pero que ha resultado

crítico espontáneo, y sirve para el caso mejor que todos los sabios y todos los eruditos del mundo?

Lo repito; la facultad de criticar es independiente del cerebro; puede carecerse del segundo y poseer en alto grado la primera. ¿No es un testimonio patente de esta afirmación Bonifacio?

Yo creo que sí, y creo que semejantes críticos sirven para dos cosas: para encauzar el gusto literario —hecho indudable á todas luces— y para justificar el poder de la Providencia, sin cuya intervención no podrían explicarse muchos sucesos que ocurren en el mundo.

